

## BOGOTA Y EL COLEGIO DEL ROSARIO

(De una conferencia dictada en el aula de cultura castellana de la Universidad Sur de California)

Caballeros y señoras:

Perdonadme que os dirija la palabra por escrito. No tengo las dotes del orador, a quien la tribuna sugestiona y entusiasmo, y a quien, en momentos felices, el mismo ritmo y sonoridad de sus palabras acrecienta su inspiración, y en sus labios las frases se atropellan unas a otras como desbocados caballos en carrera.

Puesto que estoy en el aula de una brillante Universidad de los Estados Unidos, debo hablaros de algo que tenga relación con la estructura universitaria, ya que así lo quereis, y por eso me propongo daros más adelante una breve noticia de un gran centro docente que en mi patria ha modelado las almas y los caracteres: el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Hablar de la patria es siempre dulce, mucho más cuando nos referimos a algo que en ella presenta su mejor relieve.

Sería ofender vuestra sólida y grave ilustración decir que Colombia ocupa la parte norte de la América del Sur, y que en ella se apoya el extremo meridional del gran puente que enlaza la América del Norte con la tierra suramericana, balanceándose las dos partes en admirable equilibrio. Forma Colombia uno a modo de inmenso polígono irregular. Toca por el Mediodía con el océano interior del Amazonas; por uno de sus lados avanza sus costas sobre el mar Pacífico, por el otro se baña en las aguas del mar Caribe, en el Atlántico, y por el este extiende sus pampas infinitas hacia Venezuela y el Brasil. Debido a su posición tropical, en Co-

lombia se estacionan todos los climas, desde los más ardientes a las orillas de sus mares y en los hondos valles de sus ríos, que corren a veces entre abruptas cordilleras, hasta el frío de las nieves perpetuas en las cumbres andinas. A medida que se va ascendiendo en las montañas, se va cambiando de clima suavemente hasta llegar a las floridas mesetas, propicias a la raza blanca, en las cuales, como en la de Bogotá, las flores a millares se cubren con la pompa de una eterna primavera. La cordillera de los Andes, que dividida en tres formidables murallones, formando inmensos triángulos, atraviesa toda la Nación al centro, al este y al poniente, es rica sobremanera en toda clase de metales, piedras preciosas y opulentas resinas y maderas; el oro, la plata, el cobre se esconden en el prodigioso seno de sus montañas; la hulla aparece en cantidades extraordinarias; la mina de esmeraldas de Muzo es la más valiosa del mundo; el platino rivaliza con el de los mejores mercados, y en las aguas del Atlántico cuajan las perlas para envidia de los monarcas y los reyes. Colombia es por otra parte una real y verdadera democracia. Los dictadores y tiranos no medran a la sombra de nuestro capitolio; la libertad cobija por igual a todos los ciudadanos, los cuales como don Marco Fidel Suárez, suelen elevarse de una choza pajiza a las cumbres del poder. No hay una sola conciencia oprimida en todo el territorio de la República. Todas las opiniones, todas las ideas, todos los sistemas viven y medran en la patria colombiana, y merced a su sabia ley, todos los partidos intervienen en la cosa pública y tienen representación en las corporaciones elegidas por el pueblo. El país se va cruzando poco a poco de ferrocarriles; tiene abiertas las rutas de su correo aéreo; nuestra moneda no tiene descuento con referencia al dólar, y por sobre todo la paz no

interrumpida hace que en los corazones florezca la esperanza.

Bogotá, la capital de Colombia, fue fundada por un letrado, don Gonzalo Jiménez de Quesada, hace ya cuatro siglos, y el hecho de ser don Gonzalo licenciado y hombre de letras es punto muy significativo, que no debemos perder de vista. Los otros conquistadores castellanos eran atrevidos y temerarios guerreros, cuyas portentosas hazañas nos asombran, pero soberbios y altaneros, crueles y sanguinarios los más, carecían por completo de cultura. Don Gonzalo era de ilustre linaje, manejaba con soltura y destreza la lengua de Castilla, le eran conocidos los postulados de la jurisprudencia y no le era extraña la lengua latina. La meseta de Bogotá fue honrada con el alto y resonante nombre de Valle de los Alcázares, y sin duda recordando las campiñas de Boaddil, su suelo nativo, le dio a la extendida región conquistada por su brazo el nombre de Nuevo Reino de Granada.

La figura de don Gonzalo es en realidad excepcional entre los otros conquistadores españoles. Es un prodigio un licenciado en tierra de los zipas, a mediados del siglo XVI, a centenares y centenares de millas del mar y en medio de una naturaleza bravía y salvaje, en donde el hombre era aún impotente para defenderse de la naturaleza, por los formidables capiteles de sus cordilleras, por el ímpetu de sus ríos y por los corpulentos árboles de sus tupidas selvas, morada de feroces animales.

A don Gonzalo Jiménez de Quesada debe Colombia las primeras semillas de su cultura. El Adelantado no sólo fue jurisperito, como dije, sino historiador y teólogo, y como a él no le arrebatara como a otros la sed de oro, trabajó con ahinco porque a la naciente colonia

se le dieran sabias leyes y se protegiera a los indios contra la violencia de los encomenderos.

¿Qué de raro tiene pues que a Bogotá se le llame con molesta hipérbole la Atenas suramericana, si fue fundada nada menos que por un letrado? Los bogotanos oyen tan lisonjero título con maliciosa sonrisa, pero es lo cierto que la ciudad de Bogotá, la ciudad íntima, tiene un carácter tan saliente y amable que es imposible confundirla con otra ninguna. Los bogotanos miran todas las cosas de la vida a través de un risueño escepticismo que no toca nunca a los límites ásperos de la negación. Una leve sonrisa parece dibujarse en todos los semblantes. La sutileza de espíritu los lleva a encontrar en todo lo más inesperados y graciosos contrastes. Cierta aristocrática malevolencia se envuelve en su lenguaje escogido y galante. El sentimiento de la patria alcanza en Bogotá su cumbre más alta, y por eso ella, como inmenso y florido jardín entre rocas, es el símbolo más enhiesto y hermoso de la unidad nacional. Los jóvenes venidos de los más lejanos puntos de la República, sacan de Bogotá exquisito pulimento, y luego tornan a la tierra natal como nuncios de cultura y patriotismo. Las ciencias especulativas, y sobre todo las letras, que en Bogotá tienen su principal asiento, atraen mucho a los espíritus en Colombia, y como es un pueblo en que se ama con pasión el arte y la poesía, las novias de los jóvenes de mi país se contentan con poco: un beso furtivo, en momentos de feliz oportunidad, más valiosa que un potosí, un manojo de flores y un tomo de versos.

Un siglo más tarde de la fundación de Bogotá, un arzobispo de gloriosa memoria, fray Cristóbal de Torres, natural de Burgos, en España, erigia el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Un colegio es

el verdadero *home* de los estudiantes. Los colegios no constituyen la Universidad, pero medran a su sombra y son su complemento. Su viejo abolengo arranca del siglo XIII y muchos de ellos en Europa siguen aún formando el alma de las nuevas generaciones, sin que se haya doblado un instante la cruz con que sus torres señalan la altura. La patria española no descuidó la educación de sus nuevos súbditos en las vastas colonias de América, y si es verdad que en ellas no puso tanto empeño como Albión en la Nueva Inglaterra, sí procuró por lo menos que los hijos de los grandes personajes españoles tuvieran en los nuevos reinos una educación adecuada a su posición privilegiada. Dotó fray Cristóbal de Torres al Colegio del Rosario con cuantiosas rentas; dióle unas *Constituciones*, dechado de sabiduría; alcanzó del rey Felipe IV para su instituto la preeminencia de los colegios mayores, como el de Salamanca; hizo que el rector fuera elegido por el voto de los colegiales, que representaban la nobleza, y como signo de honor ornó el pecho de éstos con la insignia de los caballeros de Calatrava. Y cosa singular, él que era hijo de santo Domingo, consiguió después de largo pleito sostenido en España que su instituto nunca jamás estuviera sujeto a ninguna comunidad religiosa.

Para el tiempo de la fundación del Colegio del Rosario, Santa Fe de Bogotá no era la humilde ciudad de numerosas casas pajizas, con doce principales levantadas por don Gonzalo Jiménez de Quesada, en sitio encantador, escogido por los zipas para su recreo. Altos y hermosos edificios se habían levantado aquí y allá, y en vez de multitudes de indígenas a medio vestir, como único núcleo humano, había una sociedad aristocrática en que apuestos caballeros y linajudas damas brillaban por su lujo y elegancia, y los hijos de las más ilustres

matronas iban a buscar la ciencia en las aulas de fray Cristóbal. Por ese entonces los mandatarios españoles del Nuevo Reino de Granada no eran indoctos soldados, sino personas de calidad; ni tampoco prevalecía ya la fuerza de los litigios, sino que decidían serenos oidores de gola y espadín y alto respeto a la justicia.

¿Pero qué clase de ciencia se enseñaba en el Colegio del Rosario? La literatura latina desempeñaba el principal papel en la educación literaria, lo que se echa de ver por los numerosos y arrevesados disticos que menudeaban en la colonia; al lado de ellas formaban las matemáticas, con el Euclides a la cabeza, y en materia de disciplinas filosóficas aún por esas edades no sonaban en las aulas ni el *Novum Organum* de Bacon ni el discurso del método de Descartes. Lo que predominaba, a lo que parece, era la rancia y decaída filosofía escolástica, a la que no hay que confundir con la hermosa y armónica doctrina de santo Tomás de Aquino, la cual tiene ahora, entre otros muchísimos centros, uno en Nueva York, que en brillo y solidez puede rivalizar con el magnífico de Lovaina. Pero así y todo en el Colegio del Rosario se iban formando en silencio los soldados del futuro, los que mañana habían de ser la carne y la sangre, el cerebro y el alma en la lucha gigantesca con la metrópoli.

Pero de súbito los viejos métodos del Colegio del Rosario sufrieron una vasta y poderosa transformación. Casi a las postrimerías de la Colonia, un varón de altas virtudes y dotes no comunes para el mando, el Arzobispo virrey, acometió la famosa empresa que se conoce con el nombre de *Expedición Botánica*, y encontró para llevarla a cabo a un humilde sabio recatado en un ri-sueño pueblito, en donde interrogaba en silencio a la naturaleza. Don José Celestino Mutis es bien conocido en el mundo científico para que no sepais su nombre.

Ei fue el primero que observó, estudió y describió el hermoso fenómeno del sueño de las plantas, lo que comunicó a Lineo. A la influencia de Mutis las ciencias naturales cobran inusitado vuelo en el Colegio del Rosario, cuyo escudo ostenta el sabio en su pecho, y allí encuentra una falange de inteligentes e inspirados colaboradores de su magna obra: la *Flora de Bogotá*. La cuchilla del pacificador Morillo, el tigre español, habrá de tronchar en breve las cabezas de aquellos modestos y pacientes discípulos de Mutis. Entre ellos resalta la figura de don Francisco José de Caldas. Sus trabajos astronómicos y matemáticos todavía asombran por su método y profundidad, y es en su lenguaje tan terso y diáfano como el del naturalista Buffon, al cual lo compara Menéndez y Pelayo. Sin instrumentos adecuados, de que la Colonia por completo carecía, llegó a hacer sorprendentes descubrimientos, y por las solas fuerzas de su ingenio privilegiado logró hallar el método para medir las montañas por medio del agua en ebullición. Humboldt que por ese tiempo había llegado a Nueva Granada admiró sus conocimientos.

Durante la guerra de nuestra independencia los hijos del Colegio del Rosario cumplieron todos con su deber para con la patria: a muchos les sirvió él de cárcel y antecámara del cadalso, trocadas como estaban sus aulas en calabozos, y a todos los que no murieron por la república véseles en las filas del ejército libertador, ora en las soleadas llanuras de Venezuela, donde ilustran sus nombres; ora en el Ecuador, en las faldas del Pichincha; ora en las cargas ciclópeas de Junín, ora en el último y gentil encuentro de Ayacucho, batalla de próceres y caballeros.

En lo que toca a nuestra vida de nación independiente el Colegio del Rosario ha continuado fundiendo en su glorioso troquel la efigie de sus más conspicuos

ciudadanos. Sus hijos han sido en todas las épocas los representantes más genuinos del pensamiento colombiano en la cátedra, la prensa, la magistratura y el ejército. En la larga galería de sus hombres eximios muchos ostentan la banda tricolor de Colombia. Hoy mismo el rector del Colegio de fray Cristóbal es monseñor Rafael María Carrasquilla, descendiente de don Antonio Nariño, uno de los precursores de la guerra de emancipación; don Miguel Abadía Méndez, actual Presidente de Colombia, alcanzó sus borlas de doctor en ese mismo claustro, y don José Antonio Montalvo, jefe del Ministerio de Industrias, acaba de salir de sus aulas.

Muchos y muy nobles son los objetivos del Colegio del Rosario; trabaja con persistencia y constancia por conservar las tradiciones religiosas de la República, las cuales son la medula de león de nuestras instituciones y costumbres; fomenta el estudio de la filosofía tomista, o filosofía cristiana, con el claro criterio de la Universidad de Lovaina; pone especial empeño en vigorizar en el corazón de la juventud el amor encendido de la patria, sin el cual no puede existir la república; profundiza en el estudio de la lengua castellana, como el modo casi único de fortalecer los vínculos de la raza; fecunda la inteligencia con el estudio de las matemáticas y de las ciencias naturales, y protege el estudio de las humanidades como un medio de embellecer el espíritu y embellecer la vida.

La lengua de cada pueblo es la única frontera que lo separa de los otros. Es un baluarte espiritual más fuerte que todos los poderes del mundo. Ni los más altos montes ni los más anchos ríos son ya una barrera entre las naciones, porque dueño el hombre del aire, como lo es del mar y de la tierra, sus pujantes naves del azur no tienen límites para sus remos de acero. Son los pueblos mismos los arquitectos verdaderos de su idioma, y

por eso en él quedan esculpidos como en diamante sus oscuros mitos; en él se funden para formar un solo bloque, toda la urdimbre de sus anales; a través de sus giros brillantes se adivina la suavidad del clima o la aspereza de las estaciones; se tiñen sus frases con el color de las flores nativas, y en sus vocablos resuenan sus cantos de guerra, al par que los gritos de sus animales domésticos y el concierto o el gemido agorero de sus aves. Las lenguas son las únicas murallas de los pueblos, y es esta la razón principal porque el Colegio del Rosario, que es el *alma mater* de Colombia, el santuario más venerando de la patria, cultiva con tezhón la lengua castellana.

LUIS MARÍA MORA

## La primera comunión de mis hijos

### Para los creyentes y para los incrédulos

Misiá Catalina, una viejita que yo conocí en mi infancia, al ponderar las travesuras de algún chico, usaba esta frase realista: «¡Es la pierna de Judas!»

Y misiá Anselma, otra viejita de su laya, decía con más finura y a manera de corrección: «¡Es la piel del diablo!».

Mi imaginación infantil, herida por el vigor de ambas expresiones, veía en todo camarada travieso o bien una pierna endemoniada que azotaba las calles y los caminos, y para la cual no existían ni muros ni vallas, o bien una piel desinflada, que volaba echando humo por los aires, unas veces a merced del viento, otras en contra, y que tan pronto se metía de rondón en una